

MONA
GOLABEK

LEE COHEN

LOS Niños
de
Willesden
Lane

FANDOM BOOKS

Título original: *The Children of Willesden Lane*

1.ª edición: octubre de 2019

© Del texto: Mona Golabek, 2017

Publicado por acuerdo con Little, Brown and Company, New York, New York, USA. Todos los derechos reservados.

© De la traducción: Jaime Valero Martínez, 2019

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S.A.), 2019

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.fandombooks.es

Asesora editorial: Karol Conti García

Adaptación de Emil Sher

Diseño de cubierta: Elsa Suárez

Fotografías de interiores: cortesía de la autora

ISBN: 978-84-18027-00-0

Depósito legal: M-25183-2019

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

MONA
GOLABEK

LEE COHEN

Traducción de Jaime Valero

LOS niños
de
Willesden
Lane

FANDOM BOOKS

*Este libro está dedicado a los jóvenes lectores de todo el mundo.
Ojalá que la historia de Lisa Jura os inspire
para encontrar la música que habita en vuestro corazón
y el sueño que anheláis cumplir.*

Nota de la autora

Mi madre, Lisa Jura, fue mi maestra y mi mejor amiga. Nos enseñó a mi hermana Renée y a mí a tocar el piano. Pero aquellas no fueron simples lecciones de solfeo, fueron lecciones de vida. Mi madre siempre me decía: «Mona, cada pieza musical cuenta una historia».

Durante esas lecciones de piano, mi madre me contó la historia de su vida.

Yo apenas era una niña. Mientras practicaba con el piano, ella me hablaba de unos misteriosos amigos de su infancia y de un viaje en tren que realizó cuando tenía catorce años para escapar de los horribles sucesos que se estaban produciendo en Viena, su ciudad natal. Me contó que la música le dio la fortaleza necesaria para afrontar unos tiempos muy duros y un futuro incierto.

Así que, un día, decidí escribir su historia. Junto con mi colaborador, Lee Cohen, quise compartir esa historia con todos vosotros. Pensé que podría inspirar a los lectores con un mensaje muy importante: «¿A qué te aferras en la vida cuando te enfrentas a grandes desafíos?».

Desde que apareció por primera vez el libro, la respuesta de los jóvenes lectores ha sido apabullante y a menudo muy

intensa. «Empatizamos con Lisa y con la violencia que tuvo que afrontar», escribió un estudiante de un instituto de Chicago. Pero ese alumno también dijo que se sintió inspirado por la valentía y la perseverancia de mi madre. «Si Lisa puede hacerlo —añadió—, yo también puedo».

Durante una visita escolar en California, un estudiante me contó: «Aún no sé a qué quiero dedicarme cuando sea mayor, pero este libro me ha ayudado a decidir qué clase de persona quiero ser».

Al igual que mi madre, la protagonista de este libro, espero que tú también descubras la valentía y el rumbo necesarios para ser un héroe en tu propia aventura vital, y que la historia de Lisa te ayude a decidir qué clase de persona quieres ser. Debes saber que, aunque la vida plantea grandes desafíos, tú también puedes hacerlo.

MONA GOLABEK
Londres, octubre de 2016

VIENA, 1938



Capítulo 1

Tal y como hacía cada domingo desde su décimo cumpleaños, Lisa Jura se subió al aparatoso tranvía en el corazón del barrio judío de Viena y atravesó la ciudad, en dirección al estudio del profesor Isseles.

Lisa tenía catorce años y le encantaba hacer ese trayecto.

Cruzar Viena era como trasladarse a otro siglo, a la era de los grandes palacios y las majestuosas salas de fiesta. Cuando el tranvía pasó junto a la sede de la Orquesta Sinfónica, Lisa cerró los ojos, igual que muchas otras veces, y se imaginó sentada y completamente inmóvil delante del piano de cola sobre el escenario del gran auditorio. Pudo oír los primeros compases del épico concierto para piano de Grieg. Enderezó la espalda para adoptar la elegante postura que le había enseñado su madre y, cuando la tensión resultó casi insoportable, inspiró hondo y empezó a tocar.

Cuando por fin abrió los ojos, el tranvía estaba atravesando Ringstrasse, el majestuoso bulevar arbolado donde se encontraba el teatro de la Ópera. Esa era la Viena de Mozart, Beethoven, Schubert, Mahler y Strauss, los mejores compositores de todos los tiempos. La madre de Lisa le había llenado la cabeza con sus historias y la muchacha se había

jurado a sí misma que conseguiría estar a la altura de su legado.

Con una voz atronadora, el conductor anunció la parada de Lisa. Sin embargo, aquel día la anunció con un nombre extraño y diferente: «Meistersinger-Strasse». Lisa se sobresaltó. ¿Por qué el conductor no habría dicho «Mahler-Strasse»?

Cuando se apeó en la enorme plaza, vio que todos los letreros de la calle habían sido cambiados; los nazis no veían con buenos ojos que una avenida tan importante llevara el nombre de un judío. Lisa se enfureció, pero se obligó a pensar en la clase que estaba a punto de dar, consciente de que, en cuanto se situara delante del piano, el mundo exterior desaparecería.

Cuando Lisa llegó a su destino, se paró en seco. Un soldado alemán, alto e impávido, se encontraba junto al portal del viejo edificio de piedra del profesor.

Lisa acudía al estudio del profesor Isseles desde hacía casi cuatro años, pero esa era la primera vez que veía a alguien montando guardia.

—¿Qué has venido a hacer aquí? —le preguntó el soldado con frialdad.

—Tengo una lección de piano —respondió Lisa, intentando contener el miedo que le producía el rifle negro que sostenía sobre su uniforme gris—. El profesor me está esperando.

El soldado miró hacia la ventana del segundo piso. Había una persona asomada, que le hizo señas para indicar que la muchacha podía subir. A regañadientes, el soldado le permitió pasar.



—Adelante, señorita Jura —dijo el profesor Isseles, que como siempre saludó a Lisa con un afable apretón de manos. Lisa inspiró el aroma del tabaco para pipa del canoso profesor. Durante la siguiente hora, podría olvidarse de todo y entregarse a la música que tanto amaba.

Como de costumbre, no perdieron el tiempo charlando. Lisa colocó la partitura de la sonata *Claro de luna* de Beethoven en el atril, se sentó en la desvencijada banqueta del piano y comenzó a tocar. El profesor se inclinó hacia delante sobre su asiento y siguió los progresos de su alumna con su copia de la partitura.

Lisa pasó la mayor parte de la clase tocando sin interrupción, mientras el anciano permanecía sentado y en silencio. Confió en sorprenderlo sonriendo. Al fin y al cabo, se había aprendido ese primer movimiento tan complicado en apenas una semana, y a menudo le había oído decir que ella era su mejor alumna.

Finalmente, el profesor dejó a un lado la partitura y se limitó a escuchar. Lisa lo miró de reojo y detectó un gesto de aflicción en su rostro. ¿Tan mal estaría tocando?

Al final de la pieza, el profesor no hizo ningún comentario. Se quedó mirando a Lisa un buen rato y después acabó diciendo, visiblemente incómodo y avergonzado:

—Lo siento, señorita Jura, pero me veo obligado a decirte que no puedo seguir enseñándote.

Lisa se quedó perpleja y paralizada.

—Hay una nueva ordenanza —añadió lentamente—. Ahora es un delito dar clase a judíos.

A Lisa se le humedecieron los ojos.

—No soy un hombre valiente —dijo el profesor en voz baja—. Lo siento mucho.

Entre sus lágrimas, Lisa vio que el profesor cogía una cadenita de oro que estaba encima del instrumento. Tenía un colgante diminuto con forma de piano.

—Posees un don excepcional, Lisa, nunca lo olvides —añadió, mientras le abrochaba la cadenita al cuello—. Tal vez esto te ayude a recordar las melodías que compartimos aquí.

Todavía llorando, Lisa miró a su encorvado profesor. Le dio miedo pensar que quizá no volvería a verlo. Después recobró la compostura, le dio las gracias, recogió sus cosas, se dio la vuelta y se marchó.



Un escalofrío recorrió el esbelto cuerpo de Lisa a causa del gélido viento de noviembre, mientras la muchacha se envolvía en su abrigo y se montaba en el tranvía. Se dio la vuelta y vio cómo el profesor Isseles le decía adiós con tristeza antes de desaparecer hacia el otro lado de la ventana.

¿Por qué los alemanes les decían a los austriacos lo que podían hacer y lo que no? Era injusto. ¿Y por qué lo permitían los austriacos?

El trayecto se le hizo interminable, había perdido su magia. Lisa estaba deseando llegar a Franzensbrückenstrasse, donde todos los habitantes de aquel vetusto barrio la conocían como la niña que tocaba el piano. Los vecinos sabían que tenía un don. Escuchaban su música en la carnicería y en la panadería; su música se extendía por todas partes. La calle entera parecía sonreír cuando esa muchachita tocaba. Los vecinos del barrio empezaron a referirse a ella con un apelativo especial: niña prodigio.

La música se había convertido en lo más importante en la vida de Lisa: una vía de escape frente a las calles oscuras, los apartamentos ruinosos, las tiendas y los mercados que conformaban el hogar de los judíos de clase trabajadora de Viena. Y

ahora, lo cual era todavía más importante, la música se había convertido en una vía de escape frente a los nazis.

Cuando se aproximó al número 13 de Franzensbrückens-
trasse, Lisa redujo mucho el paso, algo impropio de ella. En-
tró en el salón de su casa y dejó las partituras sobre la banqueta con un gesto que alarmó a su madre.

—¿Qué te pasa, Liseleh? ¿Qué ocurre?

Malka abrazó a su hija y le acarició el pelo. Lisa lloró des-
consolada. Malka dedujo lo que había pasado.

—¿Es por el profesor Isseles?

Lisa asintió.

—No te preocupes, ya te he dado clases antes. Volveré a hacerlo.

Lisa intentó sonreír al escuchar la propuesta de su madre, pero ambas sabían que ella había superado hacía mucho las habilidades de su progenitora. Malka se acercó a un armario, sacó los preludios completos de Chopin y se sentó ante el piano.

—Yo tocaré las notas de la mano derecha y tú las de la izquierda —insistió Malka.

—No puedo.

—Toca la música que habita en tu corazón.

Lisa se sentó a su lado para tocar con un compás de 4/4 esos acordes rítmicos y reiterados. Cuando dominó los pasajes correspondientes a la mano izquierda, tomó el relevo de su madre, que la observó con orgullo.

Cuando terminaron, Lisa se fue a su cuarto y se tumbó en la cama para llorar, haciendo el mínimo ruido posible, sobre la almohada.

Al cabo de un rato sintió en el hombro el roce de una mano cálida que la acariciaba con suavidad. Era su hermana mayor, Rosie.

—No llores, Lisa —le rogó.

Finalmente, la muchacha se puso boca arriba y miró a su hermana, que iba muy elegante. Siempre se alegraba cuando Rosie sacaba tiempo para ella, pues, a sus veintiún años, se pasaba la mayor parte del día con su prometido, Leo.

—Venga, deja que te enseñe algo que acabo de aprender —insistió Rosie, agarrándola de la mano.

Lisa entró en el cuarto de baño dando traspiés, detrás de su hermana, y atisbó en el espejo su rostro cubierto de lágrimas. Rosie vació los contenidos de una bolsita de tela y extendió los polvos y las pinturas faciales sobre el tocador del baño.

—Te voy a enseñar una nueva forma de pintarte los labios. Quedarás clavadita a Marlene Dietrich.

Tal y como había hecho muchas otras veces, Rosie le pintó cuidadosamente los labios y los ojos.

Sin previo aviso, su hermana de doce años, Sonia, irrumpió por la puerta.

—¿Qué estáis haciendo las dos ahí dentro?

—Mira a Lisa, ¿no te parece una estrella de cine?

Lisa contempló con entusiasmo su nuevo rostro en el espejo. ¡Parecía cinco años mayor! El sonido de unas pisadas que se acercaban hizo que se quedaran inmóviles.

—¡Rápido! ¡Viene mamá!

Lisa se restregó la cara con agua y jabón, y Rosie se apresuró a esconder los cosméticos, mientras Sonia las miraba y se reía. Rosie rodeó a Lisa con un brazo protector y, durante un rato, la pena por el profesor Isseles se disipó. Las tres hermanas se cogieron de la mano y salieron a saludar a su madre.



Capítulo 2

—¡Lisa! —gritó Malka desde la cocina—. Asómate a la ventana a ver si viene tu padre.

Lisa se acercó a la ventana del apartamento, que estaba en la segunda planta del edificio, y se asomó al patio de adoquines.

—¿Lo ves?

—No, mamá, aún no.

Lisa conocía el motivo de la tardanza de su padre: era ese «lío con el juego» que tanto hacía enfadar a su madre. Se quedaba a jugar a las cartas con algunos hombres del barrio en el almacén de la carnicería del señor Rothbard. Lisa no tenía ni idea de cartas, solo sabía que traían de cabeza a su madre.

Abraham Jura siempre se había considerado «el mejor sastre de toda Viena». Su padre era un hombre orgulloso y elegante que llevaba camisas blancas y almidonadas de cuello alto. Sus clientes habían sido judíos y gentiles por igual. Pero ahora Abraham recibía pocos encargos, y sus clientes de toda la vida iban a verlo cada vez con menos frecuencia. Los gentiles tenían prohibido acudir a sastres judíos. Había un letrero en su tienda que decía «JUDISCHES GESCHÄFT»: Negocio judío.

A veces, después de meterse en la cama, Lisa escuchaba unas voces airadas procedentes del dormitorio de sus padres. Las discusiones eran por dinero, eso sí pudo sacarlo en claro, y parecía que su padre estaba furioso con casi todo el mundo en aquella época. Atrás quedaron las cenas tempranas y los abrazos de oso cuando papá volvía a casa del trabajo y saludaba a su familia.

Con Abraham o sin él, Malka encendió las velas del *sabbat*. Era viernes al anochecer y el *sabbat* estaba dando comienzo. Encendió dos candelas blancas en los candelabros plateados que había heredado de su madre y se dio la vuelta hacia su hija menor.

—Sonia, ¿por qué no nos cuentas lo que significan?

—Una vela es por el Señor, que creó el cielo y la tierra y descansó al séptimo día —respondió Sonia con orgullo.

—¿Y la segunda vela, Lisa?

—Encendemos la segunda porque cumplimos con el *sabbat* y lo concebimos como un día sagrado.

Malka encendió cuatro velas más, una por cada una de sus tres hijas y otra por su madre, Briendla, que estaba en Polonia. Una luz cálida y amarillenta inundó la estancia.

La madre de Lisa tenía la tradición de dar de comer a los pobres durante la noche del *sabbat*, y la gente hacía cola en el vestíbulo una hora antes del anochecer.

Aquella noche, Malka salió a recibirlos y les dijo con tristeza:

—Me temo que esta noche no tenemos nada que compartir.

Lisa estaba estupefacta. Vio cómo esas personas hambrientas se marchaban con gesto abatido y percibió la tristeza reflejada en los ojos de su madre.

Las niñas se reunieron con Malka y comenzaron a cenar sin su padre. Cuando terminaron, su madre acercó la aparato-

sa mecedora de caoba a la ventana. Se meció lentamente mientras rezaba, sin apartar la mirada de la calle.



Lisa y Sonia se despertaron con unos ruidos muy fuertes. Eran los ecos amenazantes de unos gritos lejanos.

Se enfundaron en sendas batas, se acercaron corriendo a la ventana del salón y vieron que el cielo se había puesto rojo a causa de las llamas de unos edificios incendiados. Entre los gritos se oyó el estrépito de unos cristales al hacerse trizas. Varios soldados ataviados con camisas marrones —las tropas de asalto de los nazis— estaban corriendo por la manzana como si se tratara de una banda de forajidos, arrojando piedras y ladrillos contra las ventanas.

Docenas de vecinos salieron corriendo a la calle. Lisa vio al señor Mendelsohn, el boticario, salir corriendo de su edificio y contempló con horror cómo dos soldados de élite —hombres de las SS— lo levantaban en volandas y lo arrojaban contra el escaparate de vidrio de la farmacia. Lisa oyó sus gritos de dolor, apartó a Sonia de la ventana y llevó a su hermana pequeña de vuelta al dormitorio que compartían.

—¡Métete debajo de la cama y no salgas! —chilló Lisa. Después corrió al pasillo para buscar a su madre. Rosie se había ido a casa de Leo.

—¡Lisa!

Oyó gritar su nombre en la escalera y bajó corriendo. Allí se encontró con su madre, que estaba sosteniendo la cabeza de su padre sobre su regazo. Abraham tenía el rostro ensangrentado y la ropa hecha jirones.

—Solo es un pequeño corte, Lisa, no te preocupes —le dijo su padre al ver la expresión de espanto de la niña.

Lisa le agarró de un brazo y la madre del otro, y los tres juntos subieron lentamente por las escaleras. Malka ignoró la sangre que manchaba las sábanas y le limpió las heridas a Abraham con una toalla caliente mientras su marido estaba tendido sobre la cama de madera de cerezo que para ella constituía su posesión más preciada. Lisa extrajo con suavidad las esquirlas de cristal de los pliegues de su ropa.

—Estaba saliendo de casa de Rothbard cuando vi una multitud. Se turnaban para destrozar las ventanas, primero las más grandes, como si se tratara de un juego. Después pintaron cosas horribles en las paredes. «JUDEN!», escribían. «JUDEN SCHWEIN!». Matar a los judíos. Entonces, uno de ellos arrojó una botella llena de gasolina al interior de un edificio.

Lisa escuchó con pasmo el escalofriante relato de su padre.

—Vi cómo sacaban a la gente a rastras de sus casas. Se llevaron sus cosas y las quemaron. Los niños que salían a la calle eran arrojados al suelo. Cuando pasé corriendo junto a la sinagoga, ¡estaban sacando el arca y arrojando los pergaminos y la Torá al exterior para prenderles fuego!

Hizo una pausa para tomar aliento.

—No se oyeron sirenas. Querían que ardiera todo.

Aquella noche sería conocida como *Kristallnacht*, la noche de los cristales rotos.

Se oyeron nuevos gritos al otro lado de la ventana. Corrieron a asomarse y vieron las llamas que salían disparadas de la casa de la esquina, mientras los vecinos formaban una cadena humana para transportar cubos de agua.

—¡Malka, necesito mis zapatos!

La madre no dijo nada, pero entró en el dormitorio y sacó las pesadas botas de su marido. El padre se las ató y bajó corriendo por las escaleras para ayudar.

La aterrada familia se asomó a la ventana. Vieron cómo las hogueras se volvían más grandes a medida que se añadían nuevos libros y pertenencias varias para alimentar el fuego.

De pronto, varios soldados de asalto agarraron a los hombres que se pasaban los cubos de agua y los sacaron a rastras a la calle. Lisa contempló con espanto cómo obligaban a su padre a arrodillarse y restregarse por el pavimento sucio. Los soldados gritaron: «*Schwein, Juden Schwein!*» y les patearon al ver que no se movían con suficiente rapidez.

Malka no pudo soportarlo más. Agarró a sus dos hijas de la mano y las condujo al dormitorio, donde esperaron en silencio a que terminara esa horrible noche.

UNA HISTORIA DE ESPERANZA, SUPERVIVENCIA, Y DE CÓMO LA MÚSICA PUEDE SACAR LO MEJOR DEL SER HUMANO.

A sus catorce años, Lisa Jura es un prodigio de la música y sueña con convertirse en concertista de piano. Cuando el ejército de Hitler entra en Viena antes de la guerra, sus padres se ven obligados a tomar una difícil decisión: solo pueden salvaguardar a una de sus tres hijas. Deciden entonces enviar a la talentosa Lisa a Londres a través del Kindertransport, programa para refugiados que da acogida a niños y niñas víctimas de la persecución nazi.

Mientras vive en un albergue en Willesden Lane y anhela reunirse con su familia, la música se convierte para ella en un rayo de esperanza.

**«Un homenaje inspirador al amor de una madre.
Un hermoso libro». Meryl Streep**



FANDOM BOOKS
www.fandombooks.es